

Ni un sólo momento, Adán de sangre, macho,  
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,  
porque por las azoteas,  
agrupados en los bares,  
saliendo en racimos de las alcantarillas,  
temblando entre las piernas de los chauffeurs  
o girando en las plataformas del ajenjo,  
los maricas, Walt Whitman, te soñaban.

¡También ese! ¡También! Y se despeñan  
sobre tu barba luminosa y casta,  
rubios del norte, negros de la arena,  
muchedumbres de gritos y ademanes,  
como gatos y como las serpientes,  
los maricas, Walt Whitman, los maricas  
turbios de lágrimas, carne para fusta,  
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos  
apuntan a la orilla de tu sueño  
cuando el amigo come tu manzana  
con un leve sabor de gasolina  
y el sol canta por los ombligos  
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,  
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,  
ni la saliva helada,  
ni las curvas heridas como panza de sapo  
que llevan los maricas en coches y terrazas  
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Fragmento de Oda a Walt Whitman, de *Poeta de Nueva York*, (F.García Lorca)